

294197

MONS. MIGUEL DE ANDREA

OBISPO DE TEMNOS

LAS TRES BELIGERANCIAS

Alocución pronunciada en la iglesia de San Miguel
Arcángel, de Buenos Aires, el 1º de enero de 1946

Editorial Difusión, S.A.

Una costumbre inveterada ha establecido en el mundo un intercambio de augurios de felicidad, en cada año que comienza.

En las actuales circunstancias tan inquietantes, rodeados como estamos de un horizonte oscurecido por tantas nubes ¿me atreveré a iniciar esta alocución con el augurio de "feliz año nuevo"? ¡Por qué no! Es conveniente y es necesario precisamente porque las circunstancias son tan adversas.

Saludo, pues, a todos los presentes y a todos los ausentes que al escucharme se hallan en comunión espiritual con nosotros, diciéndoles con más fe y con más confianza que nunca "feliz año nuevo". ¿Qué hay hombres que con sus egoísmos, sus rivalidades y sus ambiciones están tratando de convulsionar a nuestro pueblo que sólo pide libertad, trabajo y remuneración suficiente para vivir en paz? Lo sé y lo lamento con toda el alma.

Pero ¿lograrán ellos frustrar los designios de predilección de la Providencia divina por nuestro pueblo? Si me mantengo en el plano inferior y miro a mi alrededor puedo temer, pero si me elevo al plano superior y miro hacia lo alto, debo confiar porque percibo la voz de Jesucristo que continúa diciendo "confide, fili, ego vici mundum", ten confianza, hijo mío, que yo he vencido al mundo.

Parece que se hubiera entablado una lucha entre la divina Providencia que nos lo prodiga todo para que podamos vivir relativamente felices y los hombres que dan la sensación de haberse conjurado para crearnos un estado de zozobra y de angustia, planteándonos problemas puramente artificiales.

Estamos viviendo en un estado de permanente beligerancia —beligerancia política, social y por añadidura también racial— ¿Por qué y para qué? ¿Es que la conquista de los ideales que persiguen, no puede obtenerse sino por medio de rivalidades, de odios, de vejámenes, de violencias y aun de derramamientos de sangre? ¡Pero entonces no tienen fe en esos ideales!

Quienes de esa manera los propugnan, los desautorizan. Todo ideal que para imponerse necesita recurrir a la violencia, se

desprestigia por sí mismo porque denuncia su falta de virtud y manifiesta su impotencia.

Yo no milito ni militaré jamás en política. Así lo exige el carácter sacerdotal que invisto. La Iglesia —acaba de recordarlo a todo el mundo el Papa— es una institución supernacional y universal; ¿cómo, pues, sus ministros podrían militar en partidos? La Iglesia es al mismo tiempo para cada pueblo pero para todo el pueblo; ¿cómo, pues, el sacerdote podría militar en un partido que es por definición una parte del pueblo?

Y si estas razones de orden superior no bastaran para apartarnos de esa militancia partidaria, nos sobraría el hecho de los agravios y de las violencias de las luchas políticas. Esto respecto de nosotros. Pero como todo ciudadano en esta hora crítica

y decisiva debe militar en cumplimiento de una obligación de conciencia; trate, sobre todo si se considera cristiano, de dignificar su militancia para que no se desprestigie la nuestra, frente a las grandes democracias que en Europa y en América acaban de dar gran ejemplo al mundo. Repúdiense el odio, la violencia y sobre todo la sangre. En nuestro pueblo generoso, hospitalario y bueno no se otorgue carta de ciudadanía a ninguno de esos nefastos excesos.

Por lo que respecta a la beligerancia social, diré que no he sido, porque no he debido serlo, ajeno a la lucha por el imperio de la justicia social. Y el largo período de más de cuarenta años consagrados a esa militancia, me arma de la prueba que tengo derecho a invocar, para decir que es posible realizarla sin odios, sin violen-

cias y sin revoluciones; que es posible establecerla por medio de la mutua comprensión, de la armonía y del amor.

He procedido siempre ajustándome a la norma del lema que escogí para mi escudo episcopal "in charitate et justitia pax". A la paz por la caridad y la justicia.

Y esta fidelidad para con la Iglesia, me ha facilitado la lealtad para con la Patria, a la que siempre he tratado de servir y de la que nunca he intentado servirme. Por eso los símbolos de la caridad y de la justicia de mi escudo, levantan y despliegan sobre él, la bandera de mi Patria.

Si de la beligerancia política los sacerdotes debemos prescindir y abstenernos, a la beligerancia racial debemos execrarla y abominarla. Pero con respecto a la racial debo generalizar y universalizar. Lo

mismo que los sacerdotes, deben proceder los laicos, es decir todos los cristianos, todos los católicos, todos los humanos. El cristiano es la elevación de la humanidad y se debe comenzar por ser humano si se quiere llegar a ser cristiano. Todo el que detesta a una raza, a una casta o a una clase humana se coloca al margen no sólo del cristianismo sino también de la humanidad. Jesucristo nos ha impuesto el nuevo y grande mandamiento del amor fraterno, con universalidad absoluta.

Y ¡qué maravilla! Cuando se lo interrogó sobre quién debía entenderse por "el prójimo" contestó que todo hombre, aun el que por razones de raza, de nacionalidad o de religión se halle más distanciado, y precisamente al que se halla más alejado de nosotros, el amor fraterno nos debe aproximar.

¡Qué infinita intuición la de Jesucristo!
Pareceme que hubiese tenido presente a la
persecución antisemita, anticristiana y an-
tiumana de esta primera mitad del siglo
XX de su era, para anatemizarla desde el
momento en que promulgaba el precepto
del amor fraterno, porque fué entonces
cuando propuso la inmortal parábola, se-
gún la cual para el samaritano el prójimo
es el judío.

He ahí las tres beligerancias cuyos exce-
sos conspiran en la funesta empresa de
crearnos una atmósfera de preguerra, que
todos debemos contribuir a disipar. Yo las
denuncio, las acuso: a la primera por anti-
patriótica, a la segunda por antisocial y a
la tercera por anticristiana y antiumana.

Suprimanse todos los excesos y reinará
la paz y en la paz florecerá la felicidad.

La Patria entera sabe que para lograrla,
basta que los hombres se resuelvan a no
obstaculizar los designios de la divina Pro-
videncia.

Haga, cada cual su examen de concien-
cia. Póngase la mano sobre el corazón y
resuélvase a hacer el renunciamiento que
corresponda.

Sepa cada cual cumplir con su deber en
aras de la Patria acongojada. Elévese a la
altura de la responsabilidad de la hora.

Si el deber exige algún desgarramiento
piense en Jesucristo que sin estar obligado,
entra al mundo con un desprendimiento
absoluto y se somete a la circuncisión que
implica un derramamiento de la propia
sangre.

¡Padre nuestro que estás en los cielos! Por
el mérito de la honda preocupación de los

padres que después de haber dado a sus hijos la vida quieren hacérsela feliz. Por el mérito de las constantes angustias de madres a quienes conturba la posibilidad de tener que verlos morir. Por el mérito de los ancianos, de los enfermos, de los suplicantes que se inmolan y se ofrecen por la pacificación de los espíritus. Y por el mérito infinito que los autoriza a todos, de las primeras gotas de sangre vertidas por tu Divino Hijo sobre nuestra tierra, haz que yo pueda decir con fe firmísima y con absoluta confianza a mis feligreses, a mis oyentes, a las familias y a la Patria ¡Feliz Año Nuevo!



Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de la Editorial Difusión, calle Callao 575, Buenos Aires, el día 17 de enero del año del Señor de 1946, festividad de San Sulpicio.
